

nadas de Hoben, se sacaba mucha sal para llevarla á Tumbuctú y de allí al imperio negro de Melli, donde se cambiaba por oro. Visitó el Senegal y el Níger, que según las opiniones sistemáticas se creía que nacía, lo mismo que los demás ríos de Asia, en el paraíso terrenal. Aquellos jefes entre quienes había penetrado la religión mahometana, acogieron como huésped al Veneciano, el cual, luego que pasó el Cabo Verde, y dirigiéndose hácia Mediodía, encontró comarcas muy amenas. El primer Europeo que penetró en África por el río del Oro, fué Juan Fernández, que en 1445 anduvo viajando por espacio de siete meses entre los nómadas del Sahara, dando una descripción de aquel país un siglo ántes que Leon Africano.

Otras naciones, en tanto, se dedicaban también con los Portugueses á los descubrimientos; el navegante flamenco Van-der-Berg, arrojado por los vientos á unas islas del Atlántico, distantes de Portugal doscientas cincuenta leguas y bajo la misma latitud, dió parte de que las había encontrado á la corte de Portugal que las mandó ocupar, y se llamaron Azores por los muchos azores que en ellas se hallaron. Son nueve, divididas en tres grupos por un mar borrascoso; al Sur está la isla de San Miguel, que tiene por satélite á la de Santa María; al Oeste y al Norte Fayal, el Pico, San Jorge, Graciosa y Tercéira; los dos islotes de Flóres y Corvo están separados setenta leguas al Occidente. Se dice están unidas por medio de escollos submarinos con Madera y Puerto Santo, y también con el continente africano; por lo cual serían una prolongación de la cadena del Atlante y se formarían al mismo tiempo. Los más modernos clasifican las islas con el continente á que más se aproximan; así, pues, los Azores están agregados á Europa. Tienen un clima saludable, pero abundan en ellas los violentos terremotos (1), terreno fértil, y hermosos valles donde crecen los frutos de los dos hemisferios.

1443. En ellas puso Don Enrique, con licencia del rey Alonso, otras colonias, cual una vanguardia de la civilización europea y punto de expectativa y de esperanza, siendo los viajes que á ellas se hacían una escuela y ejercicio para hacer nuevos descubrimientos, hasta que reconocidas enteramente las costas de África y América cesaron de ser importantes, y quedaron exclusivamente como colonias y puntos de provisiones.

1469. Don Enrique continuó por espacio de cincuenta y dos años empleado en aumentar los conocimientos marítimos, todo su afán y las grandes riquezas que poseía como duque de Viseo y gran maestro de la orden de Cristo, y si no consiguió lo que esperaba, ni se aproximaron sus naves al Ecuador, abrieron el camino

(1) En 1391 duró el terremoto con gran violencia por espacio de doce días; en 1720, en medio de terribles sacudimientos, apareció una isla cerca de la Tercéira y luego otra, y lanzaban humo y escoria; en 1811, cerca de San Miguel, apareció otra de una legua de circunferencia y de cien pies de alto; después todas se abismaron de nuevo.

á las tentativas posteriores que cambiaron la faz de la navegación. Las contiendas con Castilla separaron á Alonso V de su noble intento, aunque cada vez se traía más oro de aquellas costas. Fernando Gómez tomó de él en ajuste el tráfico con la Guinea por quinientos ducados al año, además de la obligación de extender los descubrimientos quinientas leguas más allá. Con semejante privilegio se paralizaron los descubrimientos; pero Juan de Santaren y Pedro de Escalona pasaron el Cabo de Sierra Leona y renovaron en las costas de Guinea el comercio del oro, que ya se había practicado, según dicen, un siglo ántes por los comerciantes de Dieppe y de Ruan.

En aquella época fueron descubiertas las islas de Farnandó Pó, Príncipe, Santo Tomas y Annobon, distantes apenas grado y medio del Ecuador de modo que cuando murió Don Alonso, los Portugueses conocían ya toda la costa de Guinea con las bahías de Benin y Biafra, las islas y hasta el confin septentrional del reino del Congo.

Juan II dió nuevo impulso á los descubrimientos, porque mientras era infante sacaba sus rentas del producto del tráfico con la Guinea y del oro extraído del puerto de Mina. Consultó á los sabios, y sus dos médicos Rodrigo y el hebreo José, astrónomos de gran fama, se reunieron con Martin Behaim, intrépido viajero, y llegaron á aplicar á la navegación el astrolabio, por cuyo medio conocían las latitudes en vista de la altura del sol. Ya se halla la navegación fuera de la dependencia de la tierra y llena de audacia ante la inmensidad de los mares, está segura de poder cuando le parezca, reconocer la posición de las naves y hacerlas volver de donde salieron (1).

Don Juan fundó en Mina una fortaleza y una iglesia, enviando los materiales y una gruesa escuadra capitaneada por don Diego de Azambuga, que habiendo desembarcado con su gente, llevando las armas escondidas, plantaron á la sombra de un gran árbol un altar y la bandera portuguesa y celebraron misa y dijeron sus oraciones. Allí fué á visitarlos con gran pompa y aparato de fuerza, Camaranza, jefe de los Negros, á quien Azambuga presentó regalos con la petición de fundar un establecimiento; pero le costó mucho trabajo vencer la justa desconfianza y las supersticiosas precauciones de los Negros. Sin embargo, puso manos á la obra y en breve quedó construido el fuerte de San Jorge de Mina.

Esta fortaleza afirmaba las conquistas africanas y facilitaba el paso á la India, así es que

(1) MACEDO, *Memoria sobre as verdadeiras épocas em que principiaron as nossas navegações*. Lisboa, 1835.

Índice chronológico das navegações, viagens, descobrimientos e conquistas dos Portuguezes nos paizes ultramarinos desde a principio de seculo XV; dei patriarcha di Lisboa. Lisboa, 1841, en 8°. En otra memoria de 1844 quiere quitar á los Arabes la gloria del descubrimiento de las Canarias. *Mem. en que se pretende provar que os Arabes nao conhecerao as Canarias antes dos Portuguezes*. Véase la Aclaración E.

Don Juan tomó el título de señor de la Guinea, y pidió al papa la confirmación de las concesiones hechas á Don Enrique, y el papa se lo concedió prohibiendo á las demás naciones cristianas introducirse en las posesiones de Portugal. Estaba tan generalmente admitida en tales asuntos la autoridad del pontífice, que Eduardo III de Inglaterra, informado de ella por el rey de Portugal, hizo que los navegantes ingleses que se dirigían á África desistiesen de sus empresas. Los Portugueses levantaban donde quiera que llegaban cruces de piedra con las armas del reino y el nombre del rey y del descubridor, y el tiempo en que se verificaba, para manifestar que habían tomado posesión del país.

1484. El último descubrimiento del tiempo de Don Juan fué el del Cabo de Santa Catalina por Diego Cano, que llegó al río Záiro ó Congo, y subiendo por él encontró unos Negros gobernados por un rey que tenía su corte en Banza, llamada posteriormente San Salvador, y habiéndose-lo atraído por medio de regalos, llevó cuatro á Portugal, adonde los instruyeron y sirvieron de intérpretes. Eran de ingenio claro y en breve aprendieron la lengua portuguesa é informaron de su país al rey, que colmándolos de presentes, los envió á su patria para que invitasen á su príncipe á abrazar la fe cristiana. Este acogió favorablemente á Cano y con él mandó al rey de Portugal uno de sus súbditos, que fué bautizado con el nombre de Juan Silva, siendo sus padrinos los reyes. El rey de Benin, á quien Juan II envió de embajador al célebre Zacuto, había pedido misioneros, que aunque contra su gusto, bautizaron á muchos Negros.

Grande admiración causó á los Portugueses el oír á los que volvían qué constelaciones había en el cielo del otro hemisferio, y que el África, en lugar de extenderse, según creía Tolomeo, hacía una curva hácia Oriente. Entonces dedujeron que el África terminaba en punta, y que dando la vuelta á esta se podía ir á las Indias. Pero ¿no había que temer nuevos peligros? ¿No dejaría acaso la brújula de mirar al polo Norte y desaparecería el medio de orientarse en un mar desconocido?

Supieron por medio de aquellos Negros que á veinte lunas, es decir, á doscientas cincuenta leguas al Este de Benin, estaba el poderoso rey Ogane, tenido en gran veneración entre los jefes idólatras; todos los reyes al subir al trono de Benin le enviaban un rico presente para que les confirmase en la herencia, y aquel les volvía en cambio un ceiro, una especie de celada de cobre y un collar de lo mismo; insignias que á los ojos del vulgo hacían legítimo al príncipe. Ogane no era nunca visto de los embajadores; solo al despedirse divisaban un pie que asomaba entre la cortina de seda, detrás de la cual estaba, y después de haberle saludado, recibían unas cruces.

1485. Su nombre, su grandeza y aquellas cruces hacían creer que era el Preste Juan, rey cris-

tiano de dudosa existencia, y á quien todos los viajeros han marcado diferente país. Rubrúquis le había colocado entre los Mogoles, Juan de Carpi en la India, otros en Etiopía ó en cualquier parte donde hallaban huellas del Cristianismo en medio de las poblaciones bárbaras. Los Portugueses creyeron que hacía largo tiempo que reinaba en África, y Don Pedro se propuso, cuando fué regente, enviar á descubrir su residencia y solicitar su amistad. Entonces quedó sin efecto aquella idea; pero otras nuevas noticias que se recibieron, indujeron á hacer indagaciones posteriores, y el rey encargó al franciscano Antonio de Lisboa que pasase á la India por la Palestina y el Egipto y procurase descubrir al misterioso Preste. Como ignoraba el árabe, no pudo proseguir su viaje; pero el rey Juan se obstinó en saber el paradero de aquel Preste Juan, cuya alianza le sería tan útil, y comisionó al valiente Pedro de Covilham y á Alonso de Payva para que penetrasen en la India por tierra.

Se reunieron á una caravana árabe de Fez y Tremecen, y llegaron al Monte Sinaí, reuniendo noticias respecto del tráfico de las Indias: se separaron en el puerto de Aden en Arabia, y Payva pasó á la Abisinia, mientras el otro siguió hácia la India, como precursor de los Europeos en aquellos mares, donde en breve debían desplegar su poder. Después de haber visitado á Calicut, Cananor y Goa, pasó por mar á Sófala en África, para ver la mina del oro, y allí tuvo las primeras noticias de la isla de la Luna, que luego se llamó Madagascar. Habiendo sabido por medio de dos Hebreos que Payva había sido asesinado en el Cáiro, resolvió dedicarse á buscar al Preste Juan. El négus de Etiopía le acogió con atención, y enamorado de su ingenio, determinó tenerle consigo toda la vida, y le enriqueció dándole uno de los primeros empleos, así es que Covilham se quedó allí. Veintitres años después, Rodrigo de Lima, que iba encargado de una embajada, le encontró vivo todavía suspirando por su patria, á la cual no volvió á ver. Lo que sí hizo fué enviar frecuentes informes al rey de Portugal, asegurándole que continuando las naves por la costa occidental de África hácia el Sud, llegarían al extremo de aquel continente, y que cuando llegasen á él, viajarían en el Océano Oriental hácia Sófala y la isla de la Luna. El paso del Cabo era seguro; todo consistía en llevarlo á efecto, y con este fin se envió una escuadra mandada por el caballero Bartolome Díaz.

Avanzó ciento veinte leguas más que los navegantes sus predecesores, y plantó la cruz dos grados más allá del trópico meridional; luego lanzándose con gran valor hácia Mediodía, perdió de vista la tierra y fué arrojado por los vientos en una habia que por sus numerosos ganados la llamó de los vaqueros, cuarenta leguas al Oriente del último Cabo de África. Hubiera deseado Díaz dar la vuelta á este; pero no advirtió que allí terminaba el continente, y

El
Cabo.

continuó vogando hácia Oriente hasta no sé qué isla de Santa Cruz. De cuando en cuando enviaba á tierra á alguno de los Negros que llevaba consigo para captarse la benevolencia de los naturales, hacer cambios y preguntar por el Preste Juan; pero nada podían saber de aquellos salvajes feroces. Al llegar á la bahía de Lagoa, se perdió la nave de las provisiones, y viéndose reducido al último extremo, se alborotaron los marineros y pidieron que volviesen atrás; pero persuadido Diaz de que el fin de África no podía estar lejos, les exhortó á que continuasen aun veinticinco leguas. ¡Figurémonos cuál sería su alegría y admiración cuando advirtieron que habían pasado el Cabo que buscaban! Llenos de satisfacción volvieron á Lisboa, despues de haber explorado trescientas leguas de costa, y dieron cuenta exactamente de la posición del Cabo. Por las horribles tempestades que en él se agitan le habían llamado *de las Tormentas*; pero el rey dijo: *No quiero que conserve un nombre de tan mal agüero, llámese de Buena Esperanza.*

Vasco
da
Gama.

Estaba, pues, resuelto el gran problema, eran conocidos los contornos de África y había renacido la esperanza de llegar á las Indias por aquel camino. Pero faltaba quién se atreviese á lanzarse en aquellos mares desconocidos, hasta que se ofreció al rey Manuel el caballero Vasco da Gama, cuya pericia en la navegación era igual á su prudencia y valor. Dirigió su rumbo con tres naves y sesenta hombres á las islas del Cabo Verde, y dejándolas despues atrás, marcha á Mediodía hasta que atracó en la bahía de Santa Elena (1) al Norte del Cabo, á cuya punta llegó en tres días. Se le presentó allí, no el espectro imaginado por Camoens, sino los indomables vientos de Sudeste que soplan durante el verano, y le empujaban con tal violencia, que tuvo necesidad de echar mano de toda su prudencia para aquietar á la chusma alborotada. Lo consiguió sin embargo; en la isla de Santa Cruz encontró las últimas señales de Diaz, y se vió que las costas de África se doblaban por el Septentrion. Nunca se separaba mucho de la tierra para regirse por las indicaciones y las cartas que le dió Covilham, y frecuentemente se dedicaba á explorar las costas; pasó por Sófala y echó finalmente el áncora delante de Mozambique.

1498.
Maizo.

Esta ciudad estaba gobernada por un príncipe mahometano y era habitada por Moros y Árabes, que celosos de la inesperada concurrencia de los Cristianos, buscaban los medios de perderlos. Para evitar sus asechanzas, Vasco prosiguió hácia Chiloa, guiado por un piloto del país; pero combatido por las corrientes, se dirigió á Mombaza, donde fué recibido por los musulmanes con el mismo encono, viéndose precisado á parar á Melinda. Su rey le recibió con atención y sus habitantes sin recelo, encontrando varias naves de la India y algunos Cris-

(1) No hablamos de la isla, que no fué descubierta hasta 1502 por Juan de Nova.

tianos que le suministraron muy oportunas noticias. Aquel rey le dió para que le sirviera de piloto á Malemo Cano de Guzzerate, muy práctico en aquellas aguas, el cual al ver el astrolabio con que los Portugueses observaban la altura del sol en el meridiano, dijo que se usaba también en el Mar Rojo.

Mayo.

Llegaron en veintitres días á Calicut, la ciudad mas rica y comercial de la India, gobernada por un zamorin que hizo á Gama los honores que acostumbraban dar á los embajadores de los príncipes mas poderosos. Las continuas asechanzas de los musulmanes hicieron desconfiados á los Portugueses; pero Vasco, á pesar de ellos, quiso presentarse á la corte, dando instrucciones á su hermauo acerca del modo con que debía obrar en caso de que le matasen. Y saltando á tierra con doce de los mas resueltos, atravesó á Calicut en medio de un inmenso número de curiosos, y llegó á la casa de campo del zamorin que se hallaba á unas cinco millas de distancia. Al principio recibió atenciones y esperanzas; pero luego se apoderó de él la desconfianza, aumentada con la escasez de los presentes, y pensó en sorprender la escuadra. Aunque la corte se le declaró en contra, Vasco supo con su intrepidez y prudencia inspirarla respeto y convencerla de las ventajas que le reportaría un tratado con los Portugueses. Habiendo conseguido por este medio volver á su nave, levó anclas apresuradamente y corrió á Europa á anunciar su descubrimiento á los dos años de su marcha. El rey en su alegría le tituló señor de la navegación, de la conquista y del comercio de Etiopia, de Persia y de las Indias (1).

1499.
Setiembre.

CAPÍTULO IV

Colon.

Un error geográfico acerca de la extensión de África, y otro error histórico sobre la existencia del Preste Juan, habían hecho que los Portugueses encontrasen un nuevo paso á las Indias. Otro error, unido á una profunda reflexión para concebir, á una incansable constancia para ejecutar, y á esa fuerza de carácter que ejecuta

(1) Una de las obras mas importantes para la crítica de los autores que trataron de los descubrimientos es *Recherches sur la priorité de la découverte des pays situés sur la côte occidentale d'Afrique au delà du cap Bojador, et sur les progrès de la science géographique, après les navigations des Portugais au xv^e siècle, par M. le vicomte de SANTAREM*. Paris, 1842. Examinando con atención tanto nuestros escritores como los orientales, y especialmente los mapas, se ve que antes que Colon nadie se había figurado que se pudiese llegar á tierras occidentales atravesando el Atlántico, y que antes que los Portugueses tampoco había dado nadie vuelta al Cabo Bojador; hasta despues de haberse verificado, no pusieron los cosmógrafos en los mapas los nuevos países; pero todos han conservado los nombres hidrográficos portugueses. Esta idea es acaso demasiado absoluta; pero son muy preciosas sus investigaciones y el atlas de mapas, portulanos y mapamundis, inéditos en su mayor parte y hechos en los siglos vi al xv, que presentan los términos de comparación de los adelantos de la ciencia mas bien que la misma historia.

por sí sola las grandes empresas, llevó á realizar descubrimientos de la mas alta importancia á un Italiano, que se eleva como un gigante en los límites de la edad média y de las edades modernas (1).

Nació Cristóbal Colon en Génova ó sus alrededores, de una noble casa de Plasencia, que habiendo venido á ménos en las guerras de Lombardia, se había dedicado al mar (2). Siendo muy jóven interrumpió los estudios que había comenzado en Pavia, para dedicarse á la carrera de su padre, y en breve se hizo notable por su valor y pericia en el mar, así como por sus conocimientos en geometría, astronomía y cosmografía. Capitaneó naves genovesas y napolitanas, y despues pasó á Portugal, donde los Italianos, ó como entónces les decían, Lombardos, eran bien recibidos, porque de sus conocimientos se servían los entusiastas para hacer nuevos descubrimientos. En Lisboa especialmente, los doctos, los curiosos, los aventureros, los misioneros, los negociantes y los artistas que de todos los puntos acudian, tomaban parte ó interes en aquellas empresas que llenaban el mundo. Colon, hombre de mar, y emparentado allí con gente dedicada á los viajes, acogía con ánimo ansioso las narraciones, las conjeturas, y los delirios de los navegantes; acaso viajó alguna vez á Guinea y todo servía de alimento á sus deseos y proyectos de extender los descubrimientos en una esfera mucho mayor que aquella en que hasta entónces se habían verificado.

(1) Las principales obras que tratan del asunto son, ademas de la *Vida del almirante*, escrita por su hijo Fernando:

HUMBOLDT, *Examen critique de l'histoire de la géographie du nouveau continent, et des progrès de l'astronomie nautique au xi^e et xv^e siècles*. Paris, 1837, 4 vol. — *Essai politique sur la Nouvelle Espagne*. — *Monuments des temps anciens de l'Amérique*.

WHITTE KENNET en 1713 imprimió en Lóndres *Bibliotheca americana primordia*, que es una bibliografía de las cosas americanas. En 1789 fué extraordinariamente aumentada con la *Biblioteca americana or a chronological catalogue of books concerning the America, etc.* Es aun mas completa la *Bibliothèque américaine, ou catalogue des ouvrages relatifs à l'Amérique qui ont paru depuis sa découverte jusqu'à l'an 1700*, par M. H. TERNAUX. Paris, 1837. — *Voyages, relations et mémoires originaux pour servir à l'histoire de la découverte de l'Amérique, publiés pour la première fois en français par M. H. TERNAUX*. En el mismo punto, 1837, vol. 3.

G. B. MUÑOZ, *Historia del mundo*. Publicó solo el primer tomo.

MARTIN FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los Españoles desde el fin del siglo xv*, 1825, vol. III.

HIST. DE LA DÉCOUVERTE DE L'AMÉRIQUE, traduite de Vallemant de CAMPE, par E. C. PILLON. Paris, 1836.

(2) Por espacio de cincuenta años se ha disputado con empeño sobre la patria de Colon, y nosotros, por decoro de las letras, deseamos que nadie lea las disertaciones que se escribieron con tal motivo. Baste decir que se marca como año de su nacimiento el 1430, 36, 41, 45, 46, 47, 49, 53. La segunda fecha parece la mas probable. Se disputan su cuna Génova, Cogoleto, Bugiasco, Finale, Quinto, Nervi sobre la Rivera, Savona, Palestrella, Arbizoli, cerca de Savona; Cosseria entre Millesimo y Carcare; Val de Oneglia; Castel de Cúccaro entre Alejandría y Casale; Plasencia y Pradello en el Placentino. En el documento auténtico de 22 de febrero de 1498, en que Colon funda su mayorazgo, declara que es Genoves: *De la cual ciudad de Génova he salido y en la cual he nacido*. El tribunal de San Jorge contestando en 8 de diciembre de 1502 á una carta suya, le llama *amatissimus concivis*; y á Génova *originaria patria de vostra claritudine*.

Pero estando desprovisto de recursos, ¿cómo había de realizar sus sueños? Entretanto los halagaba y procuraba apoyarlos en la opinión de los sabios antiguos; pero no procedía al acaso, sino que preguntaba el camino que había de seguir á los cálculos, á las estrellas y al mar. Si los descubridores de la costa africana no hicieron mas que seguir un continente piramidal, cuya costa hácia Oriente era ya conocida de los Árabes, Cristóbal preparaba una conquista de reflexión, ideando llegar al Asia por un nuevo camino.

Por escasos que fuesen sus conocimientos en literatura, y su erudición, sabía las teorías de la antigua escuela italiana respecto á la esfericidad del mundo y á la existencia de los Antipodas, la cual si bien fué proscripta por algun tiempo, entónces llegó á ser cada vez mas común (1). Si la tierra es, pues, esférica, se podrá pasar de un meridiano á otro, ya sea en dirección á Oriente, ya en la opuesta, y los dos caminos serán complemento uno del otro, de modo que si el uno pasa de ciento ochenta grados, el otro será menor, es decir, mas directo. En este sencillísimo razonamiento se fundaba Colon.

Eratóstenes fué el primero que había calculado que entre la Iberia y las costas de la China había doscientos cincuenta grados, es decir, diez mas de los que realmente hay. Estrabon había adoptado este cómputo (2); pero Marin de Tiro los redujo á ciento treinta y cinco, y al querer corregirle Tolomeo se equivocó también en cuarenta y un grados. En las obras de este había leído Colon que la tierra está dividida en veinticuatro horas de quince grados cada una; quince de ellas eran conocidas de los antiguos desde Gibraltar á Tina en Asia; los Portugueses habían recorrido otra, así es que solo quedaban ocho, esto es, una tercera parte de la superficie terrestre. En otros autores había visto que los mares componían un sétimo de la parte seca. No es, pues, la tierra tan grande

(1) Pulci, en su *Morgante XXV*, hace que el demonio Astarot sostenga del modo siguiente la existencia de los Antipodas:

Sabe que esa opinion es infundada,
Porque mas lejos navegar se puede,
Puesto que el agua es plana en todas partes,
Aunque á un globo la tierra se asemeje...
Y como todo al centro se dirige,
Al hemisferio que á sus piés se mueve,
Puede el hombre bajar, y la ancha tierra
En el misterio que á natura envuelve,
Suspensa en medio de los astros gira.
Y bajo nuestras plantas hay verjeles,
Imperios y ciudades y castillos,
Sin que nuestros abuelos lo supiesen.
Por eso el sol sabiendo que le esperan,
Va á visitar las playas de Occidente.

Antes de esta época había dicho Petrarca que al separarse el sol de nosotros «*acoso*» ya donde también le esperan, y con mas penetración había ya comprendido Dante la posibilidad de que todos los hombres habitasen alrededor del globo, admitiendo la existencia del centro de gravedad del mundo, «*punto á que se dirigen de todas partes los cuerpos graves*».

(2) En el libro II habla de la circunnavegación: «*Habiendo demostrado los matemáticos que el círculo reentra en sí mismo, podríamos, estando bajo el mismo paralelo, navegar desde España á la India, si la extensión del mar Atlántico no nos lo impidiese*».